

843 PO 7297  
Bs  
B. AS  
v.1



## Los Amores de Artaignan



En Agosto de 1652 el camino de Paris á Pontoise presentaba un golpe de vista encantador. Altos y frondosos olmos que la implacable nodadera de la provincia había respetado formaban allí un techo verde tan tupido, que sólo dejaba penetrar alguno que otro rayo del sol.

Esta parte del camino de Normandía hacia entrar en deseo de continuar hasta ese país cubierto de vejección, en que las vías campestres tienen, si es posible más atractivo todavía, como que ofrecen en abundancia al viajero esa fruta agreste, base de la bebida de tan rico departamento.

En una tarde muy hermosa, dos hombres iban á caballo por debajo de la umbra bóveda, guardando cierta distancia entre sí, distancia corta en verdad, pero que evitaba á la actitud respetuosa de uno de ellos, decía á las claras que nuestros viajeros eran amo y criado.

Era el criado un mocetón que podría tener sus cuarenta años á lo sumo; su rubia cabellera disimulaba las canas que en su amo eran más visibles; tenía rojas las mejillas y la nariz, y los ojos serenos y sin expresión;



portaba un espadón, y aunque no llevaba pluma en el fieltro, á la legua se conocía en su tocado que en otro tiempo había sido soldado. Era natural de Fouchery, cerca del Reims, circunstancia que contribuyó no poco á que su amo lo bautizase con el sobrenombre de Champagne.

Era el señor un caballero como de treinta años, de semblante enérgico, y cuya nariz, ligeramente encorvada á modo de pico de águila, revelaba esa astucia tan peculiar á los tipos meridionales; y para saber su profesión hubiera bastado ver su espeso bigote retorcido hacia abajo y cuyos extremos le llegaban más abajo de la barba, si además de esto no lo hubiera indicado el uniforme rojo y galoneado de oro que vestía.

Este uniforme era de teniente de la guardia francesa, y llamábase el que lo portaba Carlos de Batz, caballero de Artagnan, en Béarn.

Realzaban el buen porte del caballero la elegancia, la fuerza y las crines de su montura, soberbio animal completamente negro, que echaba fuego por las narices, todo lo cual había hecho que á su tránsito por las catorce ó quince aldeas situadas á los lados del camino que va de Saint-Denis á Pontoise, más de una matrona ó joven hubiera salido á la puerta, de su casa tributando amables sonrisas al bello joven, que probablemente iba á la corte por llamamiento especial, puesto que la corte se hallaba en aquel entonces en Pontoise.

El rey, ó más bien la reina madre, Ana de Austria, por consejo de Mazarino, había salido de la rebelde París, y para infirmar las deliberaciones del parlamento que se oponía á la política del ministerio, había dispuesto en un real edicto que el gobierno y al mismo tiempo el parlamento, fueran á sentar sus reales en Pontoise.

Había entonces, pues, dos parlamentos; el de París, que estaba por los príncipes, y el de Pontoise, que optaba por el rey, y de ambos el legal era á no dudarlo el de Pontoise.

La corte, no obstante la pobreza del rey, cuyas arcos estaban completamente vacías, y que sólo vivía de la largueza de Mazarino, no había olvidado el esplendor de su vida pasada; así es que se daban bailes y conciertos sin más variación que el lujo de los buenos tiempos y algo menos de ostentación en las habitaciones, no tan bien amuebladas como antes.

Pero volvamos á nuestros dos jinetes.

Cuando llegaron á unos cien pasos de la aldea de Saint-Ouen, el caballero se detuvo y dijo á su criado, que también paró su cabalgadura.

—Señor Champagne, vais á seguir solo hasta la ciudad, donde me dispondréis alojamiento, pues me disgusta entenderme en esas cosas. Dentro de una hora estaré en Pontoise.

—Está muy bien, respondió el criado, pero....

El amo le miró como quien no está acostumbrado á que se le hagan observaciones.

—El caballero olvida una cosa.

—¿Cuál?

—Que nunca he puesto un pie en esa ciudad, é ignoro dónde pensais alojaros.

—Tenéis razón, Champagne; pero buscando se encuentra. Tomad por el centro de la ciudad hasta la iglesia de Saint-Maclou.

—De iglesia hablais, ya la veo desde aquí.

—Y de las más hermosas, señor Champagne; así es que os lo recomiendo, por poco que os guste la arquitectura. Por lo demás, preguntaréis por Saint-Maclou,



no hay que olvidarlo. En la placita de esta iglesia vive una guapa moza, muy devota, y se llama Blanchard.

—Le anunciaré la llegada del caballero.

—Has dado en el clavo, y ya puedes tomar trote.

Obedeció el criado y desapareció muy luego en la aldea de Saint-Ouen, situada, como es sabido, á las puertás de Pontoise.

El caballero le vió partir sin inquietarse lo más mínimo por los transéñtees que á caballo, todo parecían menos viajeros.

Al perderse Champagne de vista, el caballero echó pie á tierra, y después de haber atado su caballo á uno de los árboles del camino, se sentó en un montecillo, y apoyando la frente en las manos pensó cómo va á leerse, pues vamos á sacar el pensamiento de Artagnan de entre la caja huesosa de su cerebro, lo que dará de sí detalles provechosos á los lectores de esta obra.

—Recapacitemos, decía, forzoso me es seguir otro género de vida, puesto que en doce años de trabajo asiduo no he conseguido más que ser teniente de la guardia... Cuando de Bearn salí, tierra milagrosa en lo que dice á su naturaleza encantadora, si bien pobre de recursos monetarios, mi buen padre me dijo: «No olvidéis, caballero, que al despedirse M. de Treville de estos montes que nos vieron nacer, no tenía más bienes que su capa y su espada, y que hoy es el capitán de mosqueros de Su Majestad, lo que equivale á ser, con corta diferencia, mariscal de Francia.» Mientras M. de Treville estuvo en el candelero, pude prome-  
tirme subir como la espuma, como que empezó por hacerme guardia, y luego mosquetero... pero no data de ahora que el tal cuerpo de mosqueteros no existe, y muy afortunado anduve con llegar al grado de teniente, con cuyo sueldo he vivido y vivo. Ah! el pro-

goso no ha sido mucho que digamos. El difunto cardenal Richelieu sí que era un gran genio. Ese sabía estimar á cada cual en lo que valía, y nuestras proezas (digo «nuestras» porque entonces éramos cuatro) fueron dignas de los héroes del Ariosto á del Tasso. Aquí sintió el teniente que se le llenaban de lágrimas los ojos.

—Cuatro amigos, continuó, cuatro corazones que palpitaban á una, cuatro cabezas que pensaban una misma cosa, cuatro espadas que peleaban por intereses idénticos. ¿Dónde están los tres corazones cuya ausencia ha dejado viudo al que en mi pecho late? ¿Lo sé yo? Hannos separado la fortuna, la ambición y la sociedad. ¿Dónde estais Athos, Aramis, Porthos? . . . . . ¿Cuán cierto es que los cuatro hubiéramos cambiado la taz del mundo, si al mundo no le hubiera convenido separarnos!

Este soberbio pensamiento sumió al caballero en honda tristeza, de la que muy en breve se repuso, y prosiguió:

—Con mis tres amigos he llevado á cabo lo que parecía imposible, y Richelieu, tan valeroso como espléndido, nos admiró Luis XIII nos dió un abrazo, y Ana de Austria las gracias, de todo lo cual no he sacado más que ser teniente de la guardia...

El caballero se sonrió con frío desdén, y siguiendo en sus meditaciones, dijo para sus adentros:

—¿Por ventura lo que no logré apoyado por esos tres tipos de la audacia, el talento y la fuerza lo podré alcanzar por mí solo?

Repasó luego en la memoria las distintas faces de su tan laboriosa vida: sus desafíos, las aventuras galantes en que se empeñó sin premeditación y dispuesto siem-



pre á vencer todo: los obstáculos, las comisiones de que le habían encargado Richelieu y Mazarino; el papel que este último y solapado ministro le había hecho desempeñar cuando las primeras turbulencias de la Fronda, papel que por no haberle sido de ningún provecho, menoscababa, según él creía, su dignidad.

Tuvo que andar de ceca en meca, á pie y á caballo, por calles y calzadas, como portador de órdenes ó instrucciones secretas, unas veces á cara descubierta y otras disfrazado, y al fin y á la postre, ¿quién quitaba que por hallarse Mazarino desterrado del reino se le cerrasen á él las puertas del porvenir que buscaba?

Porque es menester decirlo, á Mazarino lo habían echado por segunda vez de Francia; su enemigo el parlamento había triunfado del hombre cuya ruina deseaban todos los partidos.

El cardenal sabía muy bien que su permanencia en el poder se oponía á la realización de sus planes de pacificar á los disidentes para sacar luego el partido que se había propuesto.

El príncipe de Condé había sido nombrado generalísimo de las tropas que mandaba, ilusoriamente Gastón de Orleans, y aunque la corte, errante de provincia en provincia, hubiera accedido á esto y establecido el parlamento en Pontoise, Paris no tenía más partido que el de los príncipes.

En tal estado de cosas, el caballero, sin cuidarse de las malandanzas de príncipes, cardenales, mujeres, magistrados y reyes, resolvió no mezclarse en nada y se hizo epicúreo, mientras no le fuera dable saber á qué atenerse.

Es, pues, probable que había príncipes y frondistas, cuando él iba á Pontoise, donde estaba el rey y los

miembros del parlamento que seguían fieles á la causa del ministro desterrado.

—Con seguir á los otros la hubiera errado, se dijo, puesto que defendiendo al rey no tendré ningún remordimiento de conciencia, lo cual es algo.

Y tendió al cielo una mirada llena de confianza y de audacia.

—¿Qué es la conciencia sino el último recurso cuando carece uno ya de la fe ardiente de los años juveniles? Nada he logrado con obedecer á los arranques de mi corazón sin acordarme de mis intereses; cese ya en mí el joven entusiasta, y pues me veo solo, solo sabre crearne la posición á que aspiro.

Aquí dió punto el caballero á su mudo monólogo, fué á desatar su caballo, y sonriendo al ver roída casi toda la corteza del árbol, dijo con amargura:

—A ti no te importa nada destruir y sembrar la muerte por donde pasas, con tal que satisfagas el apetito. Procuraré imitarte y ver si tengo bastante fuerza de voluntad para vencer todos los obstáculos que se me presenten.

Sacó su caballo al camino, y entonces y sólo entonces vió que un enmascarado malamente oculto detrás de una haya, parecía mirarlo con atención.

Una vez montado, observó también que aquel hombre lo estaba, y picada su curiosidad, metió espuelas y se dirigió hacia él; pero al punto partió al galope el misterioso enmascarado.

—¿Qué significará esto? dijo el caballero sin correr al alcance del que huía.

No había pasado una hora cuando ya el señor de Artagnan entraba en Pontoise.

Hállase esta ciudad en la cima y la pendiente del cerro que domina al río Oise, y por consiguiente fué



preciso que el bearnés pusiera su caballo al paso, de lo que se aprovechó para hacer una rápida inspección de las casas y jardines, pues su cabeza sobresalía á los cercados de éstos.

La presencia de la corte había llevado á los hoteles, casas y mesones multitud de gentes de todas clases, de modo que la pequeña ciudad, de ordinario tan silenciosa, había cobrado una desusada animación.

El ruido del caballo de Artagnan, y muy particularmente su uniforme, hicieron asomarse á las ventanas muchas caras inquietas ó curiosas, porque se esperaban las noticias de París con ansiedad suma; pero como la indiferencia del caballero no revelase que fuera enviado ó emisario de los príncipes, todos se volvían á meter para adentro.

A tiempo que el caballero llegaba cerca de Saint-Maclou, salieron de un callejón que desembocaba en la plaza, abrieron casi en frente de él una ventana, á la que se asomó un rostro de mujer casi enteramente oculto en una mantilla española; pero súbitamente la ventana se volvió á cerrar con ruido, como si aquella mujer no hubiera querido que el caballero la viese.

—¡Diablo! exclamó Artagnan, alguien se oculta de mí, y ese alguien pertenece al bello sexo. ¿Quién será? Es menester saberlo.

Y en vez de ir directamente á casa de madama Blanchard, cuya puerta veía al otro lado de la plaza, siguió su camino, entró en otro callejón, y no tardó en hallarse delante de una cerca de poca elevación, que era la del jardín de la casa que había rodeado.

No obstante lo bien dispuesto de las calles de ese jardín, decidióse el bearnés, y metiendo espuelas, hizo saltar el muro á su caballo, prefiriendo entrar así á lla-

mar á la puerta, pues esto último podría frustrar los proyectos de observación que bullían en su mente.

Una vez adentro, echó pie á tierra, y llevando su caballo á la brida, se adelantó, por entre coles, hasta llegar á un puentecito que no le era desconocido, al menos en apariencia, porque se fué directamente á atar al animal á una argolla clavada en la pared, junto á la puerta de una cuadra.

Esto hecho, entró en la casa, no sin hacer algún ruido, por lo que pronto vió llegar á la dama de quién había hecho á Champagne una pintura tan municiosa, y la cual empezó á dar gritos al verle.

—¡Señor Artagnan! dijo, ya sabía yo que solo á vos le ocurriría semejante locura.

—Páreceme, mi buena madama Blanchard; que esto no debe cojerse de nuevo, puesto que me esperábais, á lo que parece.

—¡A vos, señor Artagnan! Tan no es así, que todavía no hace una hora estaba yo haciendo compras por el cuarto segundo, que es el vuestro.

—¡Ah! comprendo eso, y muy libre érais de hacerlo, pero después.....

—Después también, y si el vendedor hubiera vuelto hace cinco minutos, el negocio estaría ya arreglado.

¿—Con que es decir que no teniais noticia de mi llegada?

—No, en manera alguna.

—¿No vino mi criado á anunciároslo?

—No le he visto ni la punta de las orejas.

—Pues bien, yo os prometo estirárselas de tal modo que en lo sucesivo se las podréis ver desde muy lejos.

En esto llamaron á la puerta de la calle.

—Es él, dejadme ir á abrirle.



El caballero fué á abrir la puerta cochera, con lo que pudo entrar el criado llevando su caballo de la brida. Al ver á su amo hizo un movimiento como para retroceder, pero éste le indicó que pasase adelante con un gesto de autoridad y volvió á cerrar la puerta, hecho lo cual se le reunió en la cuadra, donde Champagne, con agilidad sorprendente, estaba ya desensillando las bestias.

—No volveréis á hacer otra, seor bribón, dijo Artagnan. Apostaría á que os habéis detenido en alguna taberna.

—Señor . . . . .

—¡Callad! Os despediré, Champagne, si no cambiáis de género de conducta; ya os he hecho cien veces esta misma amenaza, pero al fin se me acabará la paciencia. ¡Cuidado conmigo!

Champagne, que no se reconocía culpable, hacía prodigios y desensillaba los caballos con una habilidad sin igual.

—Agradeced, dijo Artagnan, que madama Blanchard haya intercedido por vos, pues de no haber mediado eso . . . . .

Y el caballero volvió en busca de la posadera.

—¿Con que es decir, mi buena madama Blanchard, que puedo subir arriba, ¿no es cierto?

—Cuando gustéis, señor.

Artagnan, no se lo hizo repetir, y subiendo con presteza las escaleras, llegó al cuarto y comenzó á acicalarse, no sin dejar de asomarse repetidas veces á la ventana, al través de cuyas cortinas lanzaba miradas llenas de curiosidad á la casa donde viera poco antes á la mujer de la mantilla.

—Ese bruto de Champagne es sin duda la causa de

que ella no se deje ver. El caso es que me conoce, cuando al verme na cerrado la ventana, y siendo así debe conocer también á mi criado . . . . Pero dejemos esto á un lado, y pensemos en lo positivo . . . . Sin embargo, mejor será no olvidar del todo lo que hace un momento me preocupaba, porque si como no es imposible permanezco aquí algún tiempo será preciso que me distraiga de algún modo . . . . Vamos ahora á ver á Navailles.

M. de Navailles, casado en segundas nupcias con la señorita de Neuillant, á la sazón dama de la Reina, era capitán de los guardias de Su Majestad, y como tal, estaba alojado en palacio en una mala habitación, es cierto; pero también lo es que así lo exigían las circunstancias, y que no gozaban de mejor hospedaje los más distinguidos personajes de la corte guarecida en aquella ciudad para no estar sometidos á los jefes de la Fronda, que eran omnipotentes en París.

Artagnan encontró al capitán en un cuarto espacioso bautizado con el nombre de sala de guardias, á tiempo que aquél jugaba á los naipes con otro oficial.

—¡Artagnan! exclamaron con alegría los jugadores, qué buen viento os trae por acá!

—El fastidio en primer lugar, señores, y luego ofrecer mis respetos á SS. MM. y felicitarlos, puesto que mañana es día de San Luis.

—¡Oh! Artagnan, mejor lo hubiérais hecho variando el sentido y los términos de la frase!

—Es verdad; pero el fastidio me há entorpecido de tal manera, que ya no acierto á decir cosas mejores.

—Pues entonces llegáis á buen tiempo, porque vamos á divertirnos mucho aquí esta noche, sin que os quepa jerónimo de duda.



—Siendo así, enteradme cuanto antes de lo que pasa.

—Vaya si lo haré con gusto! Pero contadnos antes lo que se dice en París.

—Dícese, y lo sabéis muy bien, que yo, que los príncipes, ofendidos porque el parlamento se ha venido á Pontoise, han duplicado el precio que se ha de dar al que entregue la cabeza de Mazarino, no contentos con verle desterrado.

—Y qué más?

—Que el señor coadjutor está de cuernos con la señorita de Chevreuse.

—Y no se dice á favor de quién está ahora?

—A favor de la política, ó más bien, quiere no hacer perjuicio á cierta gran señora, á la cual no vacilaría acaso en rendirle parias.

—Y sabíamos que el nuevo cardenal aspira á ser primer ministro, pero está más lejos de alcanzar eso de lo que piensa. Qué más noticias traéis, Artagnan?

—He dicho todas las que sé, y ahora os toca á vos darme las vuestras.

Durante este diálogo, M. de Navailles había seguido jugando, pero cuando iba á responder á la observación del caballero, llegó un ujier á decirle á su compañero de juego algunas palabras al oído, quien levantándose dijo á M. de Navailles:

El rey me necesita.

Y se fué con el ujier.

Navailles se levantó también, dió el brazo á Artagnan y se dirigió con él á los jardines del palacio.

—Querido caballero, dijo, tenemos esta noche baile de máscaras en el palacio y en el parque.

—Baile de máscaras en el mes de Agosto, Navailles? Sin duda quereis chancearos!

—No os digo más que la pura verdad. Sabéis que la reina tiene caprichos; pues bien, hablándose antenoche cuando Su Majestad iba á acostarse, de lo triste que estuvo el carnaval pasado, á causa de esos malditos frondistas que han jurado trastornarlo todo en Francia, dijo el rey que desearía disfrazarse de torero español y bailar un zarabanda. Comenzó la reina por refulfuñar, y el rey cojió entonces una guitarra, y rasgando horriblemente las cuerdas, se puso á entonar una de esas alegres canciones andaluzas que nunca oye la reina sin reírse á carcajadas. Parece que la canción tenía por tema los bailes de máscaras y las locuras, porque Su Majestad decidió que esta noche hubieran música, zarabandas y bailes de máscara al estilo italiano.

—Bravo! respondió Artagnan.... ¿Y qué clase de trajes traerán los convidados?

—Las señoras, en particular la reina, se han estado dos días con sus noches inventando trajes: se ha echado mano de toda la madera, de todas las cortinas de seda, de toda la tapicería del palacio.... Llamóse á un mercader que se comprometió á facilitar telas de varios colores, al grado de que si pudiérais entrar en casa de la reina, retrocedierais espantado.... Ah! las mujeres son unas verdaderas hadas cuando quieren satisfacer un deseo, realizar un capricho.

—Quiere decir que la fiesta de San Luis será más brillante este año de lo que generalmente se creía?

—Así lo creo. También se ha convidado á muchas personas de la ciudad, y hay entre ellas algunas encantadoras beldades que darán no poco atractivo á la reunión, sobre todo una....

—Ah, Navailles, vuestros ojos brillan más de lo que conviene á un recién casado!



—Querido amigo, ya que estáis aquí vais á prestar-me un servicio, y es que debiendo vestirme yo de dominó azul, os pondréis uno negro, los cuales cambiaremos en el baile y... Ah! mi buen amigo, es una rubia admirable que vive en la plaza de Saint-Maclou.

—Os prevengo que si seguis hablando así voy á contárselo todo á vuestra mujer.

—De cuando acá esos escrúpulos con vos, amigo mío?

Artagnan se ruborizó y no contestó.

—Si he de deciros lo que pienso, amigo mío, habeis cambiado mucho, y esto al modo del señor coadjutor. Creo que os habeis vuelto ambicioso.

—Acaso tengais razón, porque en efecto aspiro á tener algo más que la tenencia irrisoria que me ha dado el cardenal después de haber suprimido el cuerpo de mosqueteros sólo por dar un disgusto á M. de Trévillo.

—Pero no me podréis negar que os prometió haceros capitán de una compañía, promesa que fué hecha delante de mí.

Ahora que está en Bouillon es seguro que ni siquiera se acuerda del santo de mi nombre.

—Pues tened entendido que nunca ha tenido el cardenal tanto poder como ahora que está desterrado nada se decide aquí sin reflexionarlo detenidamente, lo cual prueba que le consultan y aguardan su respuesta para resolver.

No podéis calcular el sin número de correos que de aquí salen y aquí vienen, y aunque esos correos se están callados como un muerto, es evidente que van á Bouillon ó vienen de allí.

—Ya sea que el cardenal vuelva al poder ó que para siempre se le escape, Navailles, yo me propongo con

todas veras hacer fortuna. Bien sabéis todo lo que he perdido al verme privado cuando menos lo esperaba de la cooperación de mis amigos que todos á una se separaron de la milicia. Mientras conté con su apoyo creí tener asegurado el porvenir, mas ya que me encuentro débil porque estoy solo, mi corazón abriga un deseo, ó sea ambición, y ó me matan ó antes de que trascorra un año he de ser algo más de lo que soy.

—¿Vais á casaros?

—¿Casar me yo?

—Creo haber adivinado lo que apeteceis. ¿Conocéis á Flavimont?

—Le conozco de vista.

—Pues el conde de Flavimont es un caballero de Guiena, el hombre más celoso del mundo y amigo de M. de Conti. Acabamos de saber que va á batirse mañana en el Prés aux-Clercs con Tavannes, á quien sorprendió en mala actitud con su esposa, y como quiera que Flavimont es demasiado gordo, pesado, y muy poco hábil en el manejo de las armas, y que Tavannes por el contrario es una de las mejores espadas de Francia, se os proporciona una viuda de doscientas mil libras de renta con quien casaros.

—Muchas gracias.

—Si fuera soltero me casaba con ella.

—Os sería fácil, pues á lo que se dice hace mucho tiempo que la conocéis.

Vino á interrumpirlos un criado que dijo al capitán de Guardias que la cena del rey debía verificarse dos horas antes de lo acostumbrado, y que por lo tanto cumplía á su deber estar ya al lado de Su Majestad.

—Amigo mío, dijo Artagnan, voy á ver cómo me hago de un dominó y una cartera.



—Bueno, así que hayamos acabado de cenar iremos á buscaros.

—¿Dónde vivís?

—En la posada de Madama Blanchart, sita en la plaza de Saint Maclou.

—Entonces no distáis mucho de donde vive mi adorada.

—Enfrento, si es que vuestra adorada usa mantilla española.

—¿Luego ya la habéis visto, serpiente?

—Nada más que un segundo.

—Volveremos á hablar de eso. Adiós.

Artagnan tomó rumbo hacia su casa, y viendo en el camino una sastrería en que el artesano dueño de ella estaba cosiendo sobre un lienzo rojo una piel de armiño, se entró de rondón, le asió del brazo y le dijo:

—¿Qué estáis haciendo, buen hombre?

—Un traje para un señor del parlamento.

—¿Y corre mucha prisa amigo mío?

—Señor, deniro de una hora ya será de noche, y no me gusta trabajar con luz artificial, porque se me cansaría la vista.

—Y un sastrero sin vista no serviría para nada, dijo Artagnan, que habiendo extraído con mucha limpieza de las manos de aquel el traje que cosía tiraba del armiño para deshacer lo hecho.

—¿Qué estáis haciendo, señor? preguntó el sastrero.

—Querido mío, respondió el teniente, os habéis comprometido á entregar este traje esta misma noche?

—No señor, pero si mañana á las nueve no lo entrego...

—Oh, entonces no hay por qué apurarse.

—¿Tenéis alguna tela roja parecida á ésta?

—No; pero tengo el traje de donde saqué el armiño.

—Tanto mejor, dijo Artagnan, que mientras platicaba y sin hacer caso de la oposición infructuosa del sastrero, había descosido el armiño.

Creo, añadió, que os será fácil sacar de ese viejo traje una capucha y adherirla á éste.

—Nada más fácil, señor, pero...

—Eal pocas palabras, os daré dos pistolas si lo habéis hecho dentro de dos horas, y mañana al amanecer os devolveré la prenda.

—Si el señor consejero supiera...

—No sabrá nada, conque manos á la obra, que estoy esperando.

—¡Já, já, já! (porque el artesano tomó á risa el negocio.) ¿El señor trata de ir esta noche al baile de palacio?

—Ni más ni menos.

—Pues si el señor consejero ve allí su traje en cuerpo ajeno, no le ha de gustar mucho.

—Yo cargo con la responsabilidad. Daos prisa.

—El señor tendrá la bondad de decir que me ha puesto entre la espada y la pared.

Comenzó á trabajar el sastrero que bien que mal, y entregó al caballero una hora después un dominó rojo de lo más bello.

En cuanto á la careta, Artagnan pensaba tomar una de las que tenía en su balija, pues en aquel tiempo de aventuras y sorpresas, la careta formaba por decirlo así, parte del vestido.

Artagnan se dirigió hacia la plaza de Saint Maclou, y por el camino iba reflexionando de este modo:

—No se acostumbra dar bailes en Agosto, luego algo de particular ocurre cuando dan uno esta noche.



Cómo se conoce que la reina ha aprovechado bien las lecciones del astuto Mazarino! En ese baile hay alguna intriga de por medio, y la sabré.

Al entrar en la posada, vió á madama Blanchard que le recibió con cara de pascuas y una servilleta en la mano.

—¿Quiere el caballero cenar? le preguntó limpiando un vaso con todo esmero.

—Sí, pardiez, y lo haré con gran apetito; pero daos prisa, porque yo la tengo y mucha.

—Ya está pronto la cena.

—¡Ya! Pues entonces me vestirá después de cenar.

—Quiere decir que el caballero va al baile?

—Mucho que sí. Dónde está Champagne? preguntó Artagnan sentándose á la mesa.

—Está arriba preparando lo necesario para que vayais al baile, pues no se me ha escapado que no podíais menos de concurrir á esa fiesta, é hice que se anticipase á vuestro mandato, á fin de que siquiera una vez en la vida estuviérais contento de él. Yo no le conocía; pero veo que es un muchacho muy dócil, aunque parece algo flojo.

—La habeis acertado, madama Blanchard, dijo el caballero con la boca llena, porque el bellaco me sirve mal.

—Lo que no cesa de admirar, señor, es que haciendo ya tanto tiempo que lo teneis entre ojos y que os quejáis de él, no lo hayais echado mil veces con cajas destempladas.

—Qué quereis? Es verdad que llena muy torpemente su oficio de criado, pero en cambio es honrado y me quiere mucho. Extraña cosa! es perezoso si los hay, a grado de que no pocas veces me veo obligado á servirme yo mismo, me hace rabiarse veinte veces al día; pero

esto sucede cuando gozo de salud, mientras que, por el contrario, cuando me enfermo, ó me han herido ó hecho el más ligero rasguño, me atiende, me cuida como pudiera hacerlo una madre, y entonces toda la cólera de que he ido haciendo acopio se desvanece como el humo.

—Fuerza es decir también, señor, que es muy agradable depender de vos.

—Lo creéis así, madama Blanchard? Ah! por qué no os váis á Paris? Tendriame por dichoso con hospedarme allí en vuestra casa, aunque no tenga por qué quejarme de vuestra excelente amiga madama Morlet. Pero creo que Champagne ha tenido tiempo de preparar mil veces mis efectos. Habrá hombre más calmoso!

Mientras hablaba, Artagnan iba dando buena cuenta de la cena, y cuando se la hubo engullido toda, subió á su cuarto, donde halló á su criado con un cepillo en una mano, una ropilla en otra, patriarcalmente echado en un sillón y dormido.

Al ver este cuadro, Artagnan soltó una horrible imprecación, arrebató la ropilla de la mano del dormilón, y con ella le dió dos ó tres azotes.

—Arriba, pícaro, arriba! gritó con cólera cuando el criado abrió los ojos: dormirás si quieres toda la noche, pero ahora te necesito, bribón!

Champagne tenía muchos defectos; pero no carecía de talento; así es que tomó á su amo por su cuenta, lo afeitó y luego le puso cosmético en los bigotes y le perfumó los cabellos.

—Oh! qué clase de perfume es este, maese Champagne? preguntó el caballero aspirando con placer la atmósfera embalsamada.

—Qué! ¿el señor no recuerda haberlo oido antes?

—No, á fe mía.



—Es bergamota.

—Eso ya lo sé, pero es una bergamota de la mejor clase.

—Señor, antes de que saliésemos de París, me hice estas reflexiones: El caballero va á Pontoise á saludar al rey y á la reina, y no hace mucho que partió de aquella ciudad M. Mazarino. Ahora bien, para hacer esta visita conviene acicalarse lo más posible, y como que Sus Majestades son, mal quo pese á tantos, los mejores amigos del señor cardenal, sería acaso de buen gusto adoptar el perfume que prefiere Su Eminencia. Este es un modo de hacer la corte tan bueno como el mejor.

—Oh! estais en todo, maese Champagne, y esta idea me reconcilia con vos.

Una vez listo, y entrada la noche, Artagnan se puso el soberbio dominó rojo tan felizmente improvisado, y después de atada la careta iba á salir de la casa, cuando vió deslizarse en la sombra ciertos bultos sospechosos.

—Diantre! se dijo, me están espiando! ¿qué significará...?

Pero muy luego se serenó su frente inquieta.

—Me toman por emisario de los príncipes, y esto me importa maldita la cosa. Sin embargo, si fuera aquel personaje que ví en el camino...? ¿cuál será su objeto? Preciso es hacerle perder la pista.

Y Artagnan en vez de salir por la puerta principal, salió por aquel jardín cuya cerca había hecho saltar á su caballo.

Pocos momentos después entraba en el palacio, no sin haber dado antes á los centinelas el santo y seña que Navailles le había indicado.

Brillante era la fiesta, tanto que á no ser por la po-

breza del mueblaje, los concurrentes hubieran creído estar en Leuvre. Las mujeres que no se habían disfrazado estaban radiantes por su belleza y por sus trajes: no parecía sino que aspiraban á hacer constar su mérito desde luego, para despertar después más deseos, así que la careta encubriese sus facciones.

Veíanse acá y acullá máscaras de muy variados y extraños disfraces. Los cómicos italianos, procedentes de Bergamo y que Mazarino llamó á Francia, habían contribuido mucho á dar pábulo á la imaginación de los nobles, así que había en el baile tipos tan bufones y grotescos que excitaban risotadas y aplausos.

Animado Artagnan por aquel foco de placeres y locuras, iba haciendo reverencias de grupo en grupo; más no tardó en observar que causaba graú sorpresa, y que todos cuchicheaban al verle.

—El no se hubiera puesto dominó encarnado, dijo uno en español.

—Bah! respondió otro, lo habrá hecho para que nadie crea que es él, y sin embargo, lo está delatando la bergamota.

—Es cierto.

—Caramba! exclamó Artagnan para sus adentros, porque sabía perfectamente el español, me toman por el cardenal! siendo así, arriesguémonos á hacer el papel de tall' esto va á ser curioso!

Y siguió andando, pero no ya como antes, sino bamboleándose, tal como andaba siempre Mazarino. Pronto pudo ver el éxito de su ficción.